

frente, que es Dios, dándole á él la gloria de todo, y quedándose él entero en su bajeza y humildad, como si no tuviese ni hiciese nada. No queremos por esto decir que nosotros no obremos tambien y tengamos parte en las buenas obras que hacemos, que eso seria ignorancia y error: claro está que nosotros y nuestro libre alvedrio concurre y obra juntamente con Dios en las buenas obras; porque libremente da el hombre su consentimiento en ellas, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere y obra lo que obra, y en su mano está no obrar. Antes eso es lo que hace tan dificultoso este grado de humildad; porque por una parte habemos nosotros de hacer todas nuestras diligencias y poner todos los medios que pudiéremos, para alcanzar la virtud, y para resistir á la tentacion, y para que el negocio suceda bien, como si ellos solos bastasen para ello; y por otra, despues de haber hecho eso, habemos de desconfiar de todo eso como si no hubiéramos hecho nada, y tenernos por siervos inútiles y sin provecho, y poner toda nuestra confianza en solo Dios, como nos lo enseña él en el Evangelio: "Despues que hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas (no dice algunas sino todas), decid: Siervos somos sin provecho (1)." Pues para acertar á hacer esto, virtud es menester y no poca. Dice Casiano: el que llegare á conocer bien que es siervo sin provecho y que no bastan todos sus medios y diligencias para alcanzar bien alguno, sino que ha de ser dádiva del Señor, este tal no se ensoberberá cuando alcanzare algo, porque entenderá que no lo alcanzó por su diligencia, sino por gracia y misericordia de Dios; que

(1) Cum feceritis omnia, quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutilis sumus, quod debuimus facere, fecimus. Luc. XVII, 10.

es lo que dice San Pablo (1): "¿qué tienes que no lo hayas recibido?" Dice San Agustin que nosotros sin la gracia de Dios no somos otra cosa sino lo que es un cuerpo sin alma. Asi como un cuerpo muerto no se puede mover ni menear, asi nosotros sin la gracia de Dios no podemos obrar obras de vida y de valor delante de Dios. Pues asi como seria loco un cuerpo que se atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima, que en él está y le da vida, asi seria muy ciega el ánima que en las buenas obras que hace las atribuyese á sí misma, y no á Dios que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia, para que las pudiese hacer. Y en otra parte dice (2): que asi como los ojos corporales aunque estén muy sanos, si no son ayudados de la luz no pueden ver, asi el hombre, aunque sea muy justificado, si no es ayudado de la luz y gracia divina, no puede vivir bien. Si el Señor no guarda bien la ciudad, dice David (3), en vano vela el que la guarda. Dice el Santo: "¡Oh si se conociesen ya los hombres y acabasen de entender que no tienen de qué gloriarse en sí, sino en Dios (4)!" "¡Oh, si nos enviase Dios una luz del cielo, con la cual quitadas las tinieblas conociésemos y sintiésemos que ningún bien, ni ser, ni fuerza hay en todo lo criado mas de aquello que el Señor de su graciosa voluntad ha querido dar y quiere conservar! Pues en esto consiste el tercero grado de humildad, sino que no llegan nuestras cortas palabras á acabar de declarar la profundidad y perfeccion grande que hay en él, por mas que lo andemos diciendo, ahora de una manera, ahora de otra;

(1) I. ad Cor. IV, 7.
 (2) Aug. lib. de nat. et grat. cap. 26.
 (3) Ps. CXXVI, 1.
 (4) O si cognoscant se omnes homines, et qui gloriantur, in Domino gloriantur. Aug. lib. 9 Conf. cap. 13.

porque no solo la práctica, sino tambien la teórica de él es dificultosa. Esta es aquella aniquilacion de sí mismos, tan repetida y encomendada de los maestros de la vida espiritual; este es aquel tenerse y confesarse por indigno é inútil para todas las cosas (1), que San Benito y otros Santos ponen por perfectísimo grado de humildad; esta es aquella desconfianza de sí mismo, y aquel estar colgados y pendientes de Dios, tan encomendado en las Sagradas Letras; este es verdadero tenerse en nada, que á cada paso oimos y decimos. ¡Oh! ¡si lo acabásemos de sentir asi con el corazón! Que entendamos y sintamos con verdad y prácticamente, como quien lo ve con los ojos, y lo toca y palpa con las manos, que de nuestra parte no tenemos, ni podemos, sino perdicion y pecados, y que todo el bien que tuviéremos y obráremos, no lo tenemos, ni obramos de nosotros, sino de Dios, y que suya es la honra y gloria de todo.

Y si aun con todo esto no acabais de entender la perfeccion de este grado de humildad, no os espanteis; porque esta es una teologia muy alta, y asi no es mucho que no se entienda tan facilmente. Dice muy bien un doctor que en todas las artes y ciencias acontece esto, que las comunes y claras cualquiera las sabe y entiende; pero las sutiles y delicadas no todos las alcanzan, sino solamente aquellos que son eminentes en aquella arte ó ciencia: asi acá, las cosas comunes y ordinarias de la virtud cualquiera las entiende; pero las particulares y sutiles, las altas y delicadas, no las entienden sino los que son eminentes y aventajados en aquella virtud. Y esto es lo que dice San Laurencio Justiniano, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad,

(1) Ad omnia indignum, et inutilem se confiteri, et credere.

sino aquel que ha recibido de Dios ser humilde. Y de aqui es tambien que los Santos, como tenían profundísima humildad, sentian y decian tales cosas de sí, que los que no llegamos allá no las acabamos de entender y nos parecen encarecimientos y exageraciones; como que eran los mayores pecadores de cuantos habia en el mundo, y otras semejantes, como diremos luego. Y si nosotros no sabemos decir ni sentir estas cosas, ni aun las acabamos de entender, es porque no habemos llegado á tanta humildad como ellos, y asi no entendemos las cosas sutiles y delicadas de esta facultad. Procurad vos ser humilde é ir creciendo en esta ciencia y aprovechar mas y mas en ella, y entonces entenderéis cómo se pueden decir con verdad esas cosas.

CAPITULO XXXIII.

Declárase mas el tercero grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos.

Para que entendamos mejor este tercero grado de humildad y nos podamos fundar bien en él, es menester tomar el agua de mas atrás. Asi como arriba dijimos (1), que todo el ser natural y todas las operaciones naturales que tenemos, las tenemos de Dios, porque nosotros éramos nada, y entonces no teníamos fuerza para movernos, ni para ver, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer; mas dándonos Dios el ser natural, nos dió estas potencias y fuerzas, y asi á él le habemos de atribuir asi el ser como estas operaciones naturales; de la misma manera y con mucha mayor razon habemos de decir en el ser sobrenatural y obras de gracia, y tanto mas,

(1) Cap. VI.

cuanto estas son mayores y mas escelentes. El ser sobrenatural que tenemos, no le tenemos de nosotros, sino de Dios; al fin es ser de gracia, que por eso se llama asi; porque es añadido al ser de naturaleza graciosamente. Nosotros nacimos en pecado, hijos de ira (1), enemigos de Dios, el cual nos sacó de aquellas tinieblas á su admirable luz, como dice el Apóstol San Pedro (2). Hízonos Dios de enemigos, amigos; de esclavos, hijos; de no valer nada, tener ser agradable en sus ojos. Y la causa por que Dios hizo esto, no fueron nuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíamos de hacer, sino solo por su bondad y misericordia, como dice San Pablo (3), y por los merecimientos de Jesucristo, único mediano nuestro. Pues asi como no podíamos nosotros salir de la nada que éramos al ser natural que tenemos, ni podíamos obrar obras de vida, ni ver, ni oír, ni sentir, sino que todo eso fué dádiva graciosa de Dios, y á él se lo habemos de atribuir todo, sin que podamos atribuir á nosotros gloria alguna de ello: asi tampoco podíamos salir nosotros de las tinieblas del pecado en que estábamos y en que fuimos concebidos y nacimos, si Dios por su infinita piedad y misericordia no nos sacara; ni podíamos obrar obras de vida si él no nos diera su gracia para ello; porque el valor y merecimiento de las obras no es por lo que tienen de nosotros, sino por lo que tienen de la gracia del Señor, como el valor que tiene la moneda no lo tiene de suyo, sino por el cuño, con que se labra. Y asi no debemos atribuirnos gloria alguna, sino toda á Dios, cuyo es asi lo natural co-

(1) Eramus natura filii irae. *Ad Ephes. II, 3.*
 (2) In admirabile lumen suum. *I. Petri II, 9.*
 (3) Justificati gratis per gratiam ipsius, per redemptionem, quae est in Christo Jesu. *Ad Rom. III, 44.*

mo lo sobrenatural, trayendo siempre en la boca y en el corazon aquello de San Pablo: "Por la gracia de Dios soy eso que soy (1)."

Mas: asi como decíamos que no solo nos sacó Dios de la nada y nos dió el ser que tenemos, sino que aun despues que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos, sino que nos está Dios sustentando, teniendo y conservando con su mano poderosa para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó: de la misma manera en el ser sobrenatural, no solo nos hizo Dios merced de sacarnos de las tinieblas de los pecados, en que estábamos, á la luz admirable de la gracia, sino siempre nos está conservando y teniendo para que no torneemos á caer: de tal manera, que si un punto apartase y alzase Dios su mano y guarda de nosotros, y diese licencia al demonio para que nos tentase cuanto quisiese, nos tornariamos á los pecados pasados y á otros peores. Vos estais siempre á mi lado, decia el Profeta David (2), teniéndome para que no sea derribado: vuestro es, Señor, el levantarnos de la culpa, y vuestro es el no haber vuelto á caer en ella: si me levanté, fué porque me distes la mano; y si ahora estoy en pie, es porque vos me tenéis para que no caiga. Pues asi como decíamos que aquello basta para tenernos en nada, porque de nuestra parte eso somos, y eso éramos, y eso seríamos si Dios no nos estuviese siempre conservando: asi esto tambien basta para tenernos siempre por pecadores y malos; porque, cuanto es de nuestra parte, eso somos, y eso fuimos, y eso seríamos si Dios no nos estuviese siempre teniendo de su mano.

(1) Gratia Dei sum id, quod sum. *I. ad Cor. XV, 40.*
 (2) Quoniam a dextris est mihi, ne commovear. *Ps. XV, 8.*

Y asi dice Alberto Magno (1), que el que quisiere alcanzar la humildad ha de plantar en su corazon la raiz de la humildad, esto es, que conozca su propia flaqueza y miseria, y entienda y pondere muy bien, no solo cuán vil y miserable es ahora, sino cuán vil y miserable puede ser y seria el dia de hoy si Dios con su mano poderosa no le apartase de los pecados y le quitase las ocasiones y le ayudase en las tentaciones. ¡En cuántos pecados hubiera yo caido, si vos, Señor, no me hubiéades por vuestra infinita misericordia librado! ¡Cuántas ocasiones de pecar me habeis escusado, que bastaran para derribarme, pues derribaron á David, si vos no las atajáades conociendo mi flaqueza! ¡Cuántas veces habeis atado las manos al demonio para que no me tentase cuanto pudiese, y si me tentase, para que no me venciese! ¡Cuántas veces podria yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta: "Si vos, Señor, no me hubiéades ayudado, ya mi ánima estuviera en los infiernos (2)!" ¡Cuántas veces fui combatido y trastornado para caer, y vos, Señor, me tuvistes, y poniades allí vuestra blanda y poderosa mano para que no me lastimase! Si os decia que mis pies habian resbalado, luego vuestra misericordia me ayudaba (3). ¡Oh cuántas veces nos hubiéramos ya perdido, si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos hubiera guardado! Pues eso es en lo que nos habemos de tener, porque eso es lo que somos y lo que tenemos de nuestra parte, y eso fuimos y eso seríamos tambien ahora, si Dios apartase y alzase su mano y su guarda de nosotros.

(1) Alb. Magn. *traet. de variis perfectisque virtut. cap. 2.*

(2) Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea. *Ps. XCIII, 17.*

(3) Si dicebam motus est pes meus, misericordia tua Domine adjuvabat me. *Ibid.*

De aquí venian los Santos á confundirse, despreciarse y humillarse tanto que no se contentaban con tenerse en poco y por malos y pecadores, sino que se tenian en menos que todos y por los mas viles y pecadores de cuantos habia en el mundo. Un San Francisco, del cual leemos (1), que le habia Dios levantado y encumbrado tanto, que su compañero, estando en oracion, vió allá entre los serafines una silla muy ricamente labrada de varios esmaltes y piedras preciosas que estaba preparada para él. Y preguntándole despues: «Padre, ¿qué reputacion tienes de ti?» respondió: «no creo que hay en el mundo mayor pecador que yo.» Y lo mismo dijo de sí el glorioso Apóstol San Pablo: «Nuestro Señor Jesucristo vino á este mundo á salvar los pecadores, de los cuales el primero y principal soy yo (2).» Y asi nos amonesta á nosotros, que procuremos llegar á esta humildad, que nos tengamos por inferiores y por menos que todos, y que á todos los reconozcamos por superiores y mejores. Dice San Agustin: «No nos engaña el Apóstol cuando nos dice que nos tengamos por los menores, que á todos los tengamos por superiores y mejores, ni nos manda que usemos de palabras de adulacion y lisonja (3).» Los Santos no decian con mentira, ni con fingida humildad, que eran los mayores pecadores del mundo, sino con verdad, porque asi lo sentian en su corazon. Y asi nos encargan á nosotros que lo sintamos y digamos, no por cumplimiento ni con ficcion.

(1) 1 part. lib. 4, cap. 68, *de la Crónica de San Francisco.*

(2) Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum. *I. ad Tim. I, 15.*

(3) Non fallit nos Apostolus, nec adulatione uti jubet, cum, ad Philippenses II, dicit in humilitate superiores sibi invicem arbitantes. Et ad Romanos XII, honore invicem praevenientes. *Aug. lib. 83 Quaest. q. 71; et lib. de sancta virginit. cap. 46 et 47, tom. 6.*

San Bernardo (1) pondera muy bien á este propósito aquel dicho del Salvador: "Cuando fueres convidado, siéntate en el postrer lugar (2)." No dijo que escogiédes un lugar mediano, ó que os sentádes entre los postreros, ó en el penúltimo lugar, sino solo quiere que esteis en el postrer lugar. No solo no os habeis de preferir á nadie, pero ni habeis de presumir de compararos, ni igualaros con nadie: solo os habeis de quedar en el postrer lugar, sin igual en vuestra bajeza, teniéndos por mas miserable y pecador de todos (3). A ningún peligro, dice, os poneis en humillaros mucho y ponerlos debajo de los pies de todos; pero el anteponeros á solo uno os puede hacer mucho daño. Y trae aquella comparacion comun: asi como si pasais por una puerta baja, no os puede dañar el bajar mucho la cabeza; empero un tantico menos que os dejeis de abajar, de lo que la puerta requiere, os puede hacer mucho daño y quebraros la cabeza; asi en el ánima, el abajarse y humillarse mucho, no puede dañar; empero el dejarse de humillar un poco, el quererse anteponer ó igualar á solo uno, es cosa peligrosa. ¿Qué sabes, oh hombre, si ese uno, que piensas que es, no solo peor que tú (que por ventura te parece que ya vives bien), sino que es el mas malo de los malos y el mas pecador de los pecadores, ha de ser mejor que ellos y que tú, y si lo es ya delante de Dios? ¿Quién sabe si cruzará Dios las manos, como Jacob (4), y se trocarán las suertes, y serás tú el desechado y el otro el escogido? ¿Qué sabeis vos lo que ha obrado Dios en su co-

(1) Bernard. serm. 37 super Cantica.
 (2) Cum vocatus fueris ad nuptias, recumbe in novissimo loco. Luc. XIV, 10.
 (3) Ut solus videlicet omnium novissimus sedeas, teque nemini, non dico praeponas, sed nec comparare praesumas. Bernard. loc. cit.
 (4) Gen. XLVIII, 14.

razon de ayer acá y en un momento (1)? En un instante puede Dios hacer de un publicano y de un perseguidor de la Iglesia Apóstoles suyos, como hizo á San Mateo y á San Pablo (2). De pecadores empedernidos, y mas duros que un diamante, puede hacer hijos de Dios (3). ¡Cuán engañado se halló aquel fariseo (4) que juzgó á la Magdalena por mala, y cómo le reprendió Cristo nuestro Redentor, y le dió á entender que era mejor que él la que él tenia por pública pecadora! Y asi San Benito, Santo Tomás y otros Santos, ponen este por uno de los doce grados de humildad: «Decir y sentir de sí que es el peor de todos (5).» No basta decirlo con la boca, es menester que lo sintais asi en vuestro corazon. «No pienses haber aprovechado algo, si no te tienes por el peor de todos,» dice aquel Santo (6).

—•••••
 CAPITULO XXXIV.

Cómo los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo.

No será curiosidad, sino de mucho provecho, declarar cómo los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo, pues decimos que habemos de procurar llegar aqui. Algunos Santos no quieren responder á esta cuestion, sino contentanse con sentirlo ellos asi en su corazon. Cuenta San Doroteo (7),

(1) Quid scis, si melior, et te, et illis mutatione dexterae excelsi in se quidem futurus sit, in Deo vero jam sit? Bern. ib.
 (2) Facile est enim in oculis Dei subito honestare pauperem. Eccl. XI, 23.
 (3) Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ. Matth. III, 9.
 (4) Luc. VII, 39.
 (5) Credere, et pronuntiare se omnibus viliorum.
 (6) Thomas de Kempis.
 (7) Dor. doct. 2 de humilit.

que como el abad Zózimo estuviese un dia platicando de la humildad, y dijese esto de sí, hallóse alli un sofista ó filósofo, y preguntóle: «¿cómo te tienes por tan pecador, pues sabes que guardas los Mandamientos de Dios?» Respondió el santo abad: «yo sé que esto que digo es verdad, y asi lo siento, no me preguntes mas.» Empero San Agustin, Santo Tomás y otros Santos responden á esta cuestion, y dan diversas respuestas (1). La de San Agustin y Santo Tomás es, que, poniendo uno los ojos en los defectos que él conoce en sí y considerando en su prógimo los dones ocultos que tiene ó puede tener de Dios, puede cada uno con verdad decir desí que es mas vil y mayor pecador que todos, porque mis defectos «ellos yo, y no sé los bienes ocultos que el otro tiene de Dios. ¡Oh, que le veo que comete tantos pecados, y que yo no cometol! ¿Y qué sabeis vos lo que Dios ha obrado en su corazon despues acá? En un momento oculta y secretamente puede aquel haber recibido algun don y merced de Dios, con la cual os haga mucha ventaja, como aconteció en aquel fariseo y publicano del Evangelio que entraron á orar al templo. «De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor (2), que el publicano y tenido por malo salió justificado; y el fariseo, que se tenia por bueno, salió condenado.» Esto nos habia de bastar para escarmentar y para que no nós atrevamos á preferir, ni comparar con nadie, sino que nos quedemos solos en el postrer lugar, que es lo seguro. Al que de verdad y de corazon es humilde, muy fácil cosa le es el tenerse en menos que todos. Porque el verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos,

(1) Aug. lib. de sancta virg. cap. 46 et 47.—S. Thom. 2-2, quaest. 161 art. 6, ad 1, et art. 3.
 (2) Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo. Luc. XVIII, 14.

y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio de ellos, que no se le levantan los ojos á mirar faltas ajenas, pareciéndole que tiene harto que hacer en llorar sus duelos; y asi á todos los tiene por buenos y á sí solo por malo. Y mientras mas santo es uno, mas fácil le es esto, porque asi como va creciendo en las demas virtudes, va tambien creciendo en humildad y conocimiento propio y mayor desprecio de sí mismo, que todo anda junto. Y mientras mas luz y conocimiento tiene de la bondad y magestad de Dios, mas profundo conocimiento tiene de su miseria y de su nada, porque un abismo llama á otro abismo (1). Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria, y hace ver los átomos y polvos infinitos de las imperfecciones. Y si nosotros nos tenemos en algo, es porque tenemos poco conocimiento de Dios y poca luz del cielo. Aún no han entrado por las puertas de nuestra alma los rayos del sol de Justicia; y asi, no solo no vemos los átomos, que son nuestras faltas é imperfecciones menudas, pero aun tenemos tan corta vista, ó por mejor decir, estamos tan ciegos, que aun las faltas graves no echamos de ver.

Añádese á esto que ama Dios tanto la humildad, y le agrada tanto que se tenga uno en poco á sí mismo y se conserve en eso, que por esto suele muchas veces en grandes siervos suyos, á quien él hace muchas mercedes y beneficios, disfrazar tanto sus dones y comunicarlos tan secreta y escondidamente, que el mismo que los recibe no lo entiende y piensa que no tiene nada. Dice San Gerónimo: «Toda aquella hermosura del Tabernáculo estaba cubierta con cilicios y pieles de animales (2).» Asi suele

(1) Abyssus abyssum invocat. Ps. XLI, 8.
 (2) Tota illa Tabernaculi pulcritudo pellibus tegitur et ciliciis. Hieron. in Prolog. galeato.—Ecclesiasti. XXXVI, 29.

Dios cubrir y encubrir la hermosura de las virtudes y de sus dones y beneficios con diversas tentaciones, y á veces con algunas faltas é imperfecciones que permite para que así se conserven mejor, como las brasas cubiertas con la ceniza. San Juan Clímaco dice que como el demonio procura ponernos delante nuestras virtudes y buenas obras, para que nos ensoberbecamos, porque desea nuestro mal; así al contrario, Dios nuestro Señor, porque desea nuestro mayor bien, suele dar luz particular á sus siervos para que conozcan sus faltas é imperfecciones, y encubrir y disfrazar tanto sus dones, que el mismo que los recibe no lo entienda. Y es doctrina comun de los Santos. Dice San Bernardo: «Para conservar la humildad en sus siervos, suele la divina bondad disponer las cosas de tal manera, que cuanto uno va aprovechando mas, tanto menos piense que aprovecha; y cuando ha llegado al último grado de la virtud, permite que tenga alguna imperfeccion en el primero, para que piense que aun no ha alcanzado aquel (1).» Lo mismo nota San Gregorio en muchas partes (2).

Por esto comparan algunos muy bien á la humildad, y dicen, que se há con las otras virtudes, como el sol con las demas estrellas; es la razon, que así como cuando aparece el sol, desaparecen y se encubren las otras estrellas: así cuando hay humildad en el alma, se encubren las demas virtudes y le parece al humilde que no tiene ninguna virtud. Dice San Gregorio: «Siendo á todos manifiestas sus virtudes,

(1) Nimirum, conservandae humilitatis gratia, divina solet pietas ordinare, ut quanto quis plus proficit, eo minus se réputet profecisse, nam et usque ad supremum exercitii spiritualis gradum si quis eo usque pervenerit, aliquid ei de primi gradus imperfectione relinquatur, ut vix sibi primum videatur adeptus. Bern. serm. de quatuor modis orandi.

(2) Greg. lib. 34. Mor. cap. 13; in pastoralis, part. 4; lib. 3 Dialog. c. 14.

ellos solos no las ven (1).» De Moisés cuenta la Sagrada Escritura, que cuando salió de hablar con Dios, traía un grande resplandor en su rostro, y veíanlo los hijos de Israel, y él no (2); así el humilde no vé en sí ninguna virtud; todo lo que vé le parece que son faltas é imperfecciones, y aun cree que la menor parte de sus males es la que él conoce y que son muchos mas los que ignora. Con esto le es fácil tenerse en menos que todos y por el mayor pecador de cuantos hay en el mundo.

Es verdad, para que lo digamos todo, que como son muchos y diversos los caminos por donde Dios lleva á sus escogidos, aunque á muchos lleva por el camino que habemos dicho de encubrirles sus dones, que ellos mismos no los vean, ni piensen que los tienen, á otros se los manifiesta y hace que los conozcan para que los estimen y agradezcan. Y así decia el Apóstol San Pablo: «Nosotros habemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que recibimos de su mano (3).» Y la Sacratísima Reina de los Angeles muy bien conocia y reconocia las mercedes y dones grandes que tenia y habia recibido de Dios. Dice ella en su cántico: «Magnifica y engrandece mi alma al Señor, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es Todopoderoso (4).» Y esto no es contrario á la humildad y perfeccion, antes está acompañado con una tan alta y levantada humildad, que por eso la llaman los Santos humildad de grandes y de perfectos varones.

(1) Boni soli bona sua non vident, qui in se videntur omnibus ad exemplum praebent. Greg. lib. 22 Mor. c. 5.

(2) Ignorabat quod cornuta esset facies sua, ex consortio sermonis Domini. Exod. XXXIV, 29.

(3) Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quae a Deo donata sunt nobis. I. ad Cor. II, 12.

(4) Quia fecit mihi magna, qui potens est. Luc. I, 49.

Hay empero aqui un peligro y engaño grande de que nos advierten los Santos, y es que algunos piensan de sí que tienen mas dones de Dios que los que tienen, en el cual engaño estaba aquel miserable á quien mandó Dios decir en el Apocalipsi: «Dices que eres rico y que de nada tienes necesidad, y no entiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo (1).» En el mismo engaño estaba aquel fariseo del Evangelio (2), el cual daba gracias á Dios porque no era él como los otros hombres, creyendo de sí que tenia lo que no tenia, y que era por eso mejor que los otros. Y algunas veces se nos entrá esta soberbia tan oculta y secretamente, que casi sin sentirlo ni entenderlo estamos muy llenos de nosotros mismos y de nuestra propia estimacion. Por eso es gran remedio el tener el hombre siempre los ojos abiertos para ver las virtudes ajenas, y cerrados para ver las suyas propias; y así vivir siempre con un santo temor con el cual están mas seguros y guardados los dones de Dios.

Pero, al fin, como nuestro Señor no está atado á esto, y lleva á los suyos por diversos caminos, algunas veces, como dice el Apóstol San Pablo, quiere él hacer esta particular merced á sus siervos, que conozcan los dones que de su mano han recibido. Y entonces parece que tiene mas dificultad la cuestion propuesta; ¿cómo estos santos y varones espirituales, que conocen y ven en sí grandes dones que han recibido de Dios, pueden con verdad tenerse en menos que todos y decir de sí que son los mayores pecadores del mundo? Ya cuando nuestro Señor lleva á uno por ese otro camino de encubrirle sus dones, y que no vea en sí ninguna virtud, sino todo faltas

(1) Dicitis: dives sum et locupletatus, et nullius egeo, et nescis, quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et caecus, et nudus. Apocalip. III, 17.

(2) Luc. XVIII, 11.

é imperfecciones, no tiene eso tanta dificultad; pero en esos otros ¿cómo puede ser? Muy bien puede ser con todo eso; sed vos humilde como San Francisco, y entenderéis el cómo. Apretándole su compañero, cómo podia él con verdad sentir y decir esto de sí, respondió el Seráfico Padre: «verdaderamente entiendo y creo, que si Dios hubiera hecho con un ladron, y con el mayor de todos los pecadores, las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, que fuera mucho mejor que yo y que fuera mas agradecido que yo. Y por el contrario, entiendo y creo que si Dios levantara su mano de mí, y no me tuviese, que yo cometeria mayores males que todos los hombres, y seria peor que todos ellos. Y por esto, dice, soy el mayor pecador y mas ingrato de todos los hombres (1).» Esta es muy buena respuesta, humildad muy profunda y doctrina maravillosa. Este conocimiento y consideracion es la que hacia á los Santos hundirse debajo de la tierra, y ponerse á los pies de todos, y tenerse con verdad por los mayores pecadores del mundo; porque tenian plantada y arraigada muy bien en su corazon la raiz de la humildad, que es el conocimiento de su propia flaqueza y miseria, y sabian penetrar y ponderar muy bien lo que ellos eran y tenían de sí; y esto les hacia creer que, si Dios los dejara de su mano y no los estuviera siempre teniendo, fueran los mayores pecadores del mundo; y así se tenían por tales. Y los dones y beneficios que habian recibido de Dios, los miraban ellos, no como cosa suya, sino como cosa ajena y prestada. Y no solo no les estorbaba ni impedía eso, para que ellos se quedasen enteros en su humildad y bajeza y se tuviesen en menos que todos; antes les ayudaba

(1) Part. 1, lib. 1, c. 68 de la Crónica de San Francisco.

mas esto, por parecerles que no se aprovechaban de ellos como debian. De manera, que á cualquier parte que volvamos los ojos, ahora los pongamos en lo que tenemos de nuestra parte, ahora los levantemos á lo que habemos recibido de Dios, hallaremos harta ocasion para humillarnos y tenernos en menos que todos.

San Gregorio pondera á este propósito aquellas palabras que dijo David á Saul, despues que pudiéndole matar en la cueva donde habia entrado, le perdonó y le dejó ir; sálese tras él y dále voces, diciendo: "¿A quién persigues, rey de Israel? ¿A un perro muerto persigues? ¿A una pulga como yo (1)?" Pondera muy bien el Santo (2); ya David estaba unguido por rey y habia sabido del Profeta Samuel, que le ungió, que Dios quería quitar el reino á Saul y dárselo á él, y con todo eso se le humilla, y se apoea y abate delante de él, sabiendo que Dios le habia preferido á él, y que delante de Dios era mejor que él; para que aqui aprendamos nosotros á tenernos en menos que los que no sabemos en qué grado están delante de Dios.

CAPITULO XXXV.

Que este tercero grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones y alcanzar la perfeccion de todas las virtudes.

Casiano dice (3) que era tradicion de aquellos Padres antiguos, y como primer principio entre ellos, que no puede uno alcanzar la puridad de corazon, ni la perfeccion de las virtudes, si primero no conociere y entendiere que toda su industria, diligencia y trabajo no es bastante para ello sin especial ayuda y favor de Dios, que

(1) Quem persequeris, rex Israel? Quem persequeris? canem mortuum persequeris, et pulicem unum? I. Reg. XXIV, 15.

(2) Greg. lib. 34 Mor., c. 16.

(3) Casian. l. 12 de spiritu superbiae, c. 43.

es el principal autor y dador de todo bien. Y este conocimiento, dice, no ha de ser especulativo, porque asi lo habemos oido ó leido, ó porque asi nos lo dice la fé; sino conviene que lo conozcamos prácticamente y por esperiencia, y que estemos tan llanos y tan asentados y resueltos en esta verdad, como si lo viésemos con los ojos y tocásemos con las manos; que es al pie de la letra el tercero grado de humildad de que vamos tratando. Y de esta humildad se entienden las autoridades de la Sagrada Escritura que prometen grandes bienes á los humildes, las cuales son innumerables. Y por eso con mucha razon le ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, y dicen que ese es el fundamento de todas las virtudes, y la preparacion y disposicion para recibir todos los dones de Dios. Y prosiguiendo Casiano esto mismo mas en particular, tratando de la castidad dice (1) que para alcanzarla ningun trabajo basta, hasta que entendamos por esperiencia que no la podemos alcanzar por nuestras fuerzas, sino que nos ha de venir de la liberalidad y misericordia de Dios. Y San Agustin (2) concuerda muy bien con esto; porque el primero y principal medio que pone para alcanzar y conservar el don de la castidad, es esta humildad, que no penseis que lo podeis vos ni que bastan vuestras diligencias, que mereceis perderlo si en eso estibais; sino que entendais que ha de ser don de Dios y que os ha de venir de arriba y en eso pongais toda vuestra confianza. Y asi decia un viejo de aquellos Padres antiguos que seria uno tentado en la carne hasta que conociere bien que la castidad es don del Señor y no fuerza propia. Confirma esto Paladio con el ejemplo del abad Moisés, el cual habiendo sido en

(1) Casian. colatione 2 Abbatis Cheremontis, c. 4.

(2) August. lib. de sancta virginit., cap. 29.

el cuerpo de admirable fortaleza, y en el ánimo viciosísimo, se convirtió muy de corazon á Dios. Fué á los principios muy gravemente tentado, especialmente de torpezas, y por consejo de los Santos Padres ponía sus medios para vencerlas. Oraba tanto, que pasó seis años orando, la mayor parte de la noche en pie, sin dormir. Trabajaba mucho de manos; no comía sino un poco de pan; iba por las celdas de los monges viejos, y traía agua, y hacia otras mortificaciones y asperezas grandes. Con todo eso no acababa de vencer las tentaciones, sino que ardia en ellas, y estaba en peligro de caer y dejar el instituto de monge. Estando en este trabajo vino á él el santo abad Isidoro, y díjole de parte de Dios: «Desde ahora en nombre de Jesucristo cesarán tus tentaciones.» Y asi fué, que nunca mas le vinieron. Y añadió el Santo, declarándole la causa por qué hasta allí Dios no le habia dado cumplida victoria de ellas: «Moisés, porque no te gloriasas, ni cayeses en soberbia, pensando que por tu ejercicio habias vencido, por eso ha permitido Dios esto para tu provecho.» No habia Moisés alcanzado el don de la desconfianza de sí mismo, y porque lo alcanzase, y no cayese en soberbia de propia confianza, por eso le dejó Dios tanto tiempo, y no alcanzó con tan grandes y tan santos ejercicios la cumplida victoria de esta pasion que otros con menos trabajo han alcanzado.

Lo mismo refiere Paladio que le aconteció al abad Pacon, que con ser ya viejo de setenta años, era muy molestado de tentaciones deshonestas; y dice que le afirmó con juramento que, despues de cincuenta años de edad, por espacio de doce años fué tan récia la pelea y tan ordinario el combate que no se le pasó dia ó noche en todo este tiempo que no fuese combatido de este vicio. El hacia cosas muy extraordinarias para librarse de estas tentaciones,

y no aprovechaban. Un dia, estándose él lamentando, pareciéndole que le habia el Señor desamparado, oyó una voz que le decia interiormente: «entiende que la causa de haber Dios permitido en tí esta récia batalla, ha sido para que conozcas tu flaqueza y pobreza, y lo poco ó nada que tienes de tu parte, y asi te humilles de aquí adelante, no confiando en cosa alguna de tí, sino recurriendo en todas á mí á pedirme socorro.» Y dice, que con esta enseñanza quedó tan consolado y confortado, que nunca mas sintió aquella tentacion. Quiere Dios que pongamos toda nuestra confianza en él, y que desconfiemos de nosotros y de nuestros medios y diligencias.

Esta doctrina no solo es de Agustino y Casiano y de aquellos Padres antiguos, sino del mismo Espiritu Santo, y en estos propios términos que la vamos diciendo. El Sábio en el libro de la Sabiduria nos pone espresamente la teórica, y juntamente la práctica de todo esto. «Como yo supiese, dice Salomon (1), que no podia ser continente sin especial don de Dios.» Continente aqui es nombre general que abraza, no solo el contener y refrenar la pasion que es contra la castidad, sino todas las demas pasiones y apetitos que son contra la razon. Como tambien en aquello del Eclesiástico: «Todo peso de plata y oro no es digno del ánima continente (2).» No hay cosa que tanto pese ni valga como la persona continente. Quiere decir, que por todas partes tiene y contiene sus afectos y apetitos para que no salgan de la raya de la virtud y de la razon. Pues dice Salomon en el lugar arriba citado: «en sabiendo que supe, que

(1) Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire cujus esset hoc donum, adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis praecordiis meis. Sapient. VIII, 21.

(2) Omnis autem ponderatio non est digna continentis animae. Eccl. XXVI, 20.